

Una vida agujereada de pensamientos de puntos suspensivos

Camila Hurtado
Universidad Autónoma de Aguascalientes
camilahurtadolh@gmail.com

Arqueles Vela Salvatierra fue un escritor, académico y periodista méxico-guatemalteco, nació el 2 de diciembre de 1899 y murió el 25 de octubre de 1977. Fue uno de los principales promotores del estridentismo. El movimiento cultural de vanguardia surgido en México en la década de 1920 se auto-define en el *Manifiesto Estridentista* de 1923 como “el almacén de donde se surte todo el mundo” y aboga por “un arte nuevo, juvenil, entusiasta y palpitante”, enfatizando la ciudad y el industrialismo que revolucionaban la nación, y desdeñando “la ranciolatría ideológica de algunos valores funcionales” de la cultura tradicional.

Arqueles Vela escribió *La Señorita Etcétera*, la primera obra narrativa estridentista, en 1922 y fue publicada en el suplemento cultural de la novela semanal de *El Universal Ilustrado*. Esta novela corta se compone de ocho segmentos a lo largo de los cuales presenta la historia de un joven que viaja desde la provincia hasta la gran ciudad buscando convertirse en escritor; allí, muy a su pesar, deberá realizar un trabajo rutinario que terminará por hundirlo en la fácil monotonía del hábito: “La vida casi mecánica de las ciudades modernas me iba transformando. Mi voluntad ductilizada giraba en cualquier sentido” (Vela 25).

A pesar de conocer el presente del protagonista innominado, es casi nula la información sabida acerca de su pasado y, debido a la forma en la que está dispuesta la obra, los criterios para dilucidar si estamos ante el relato de la realidad, un producto de la imaginación del protagonista o plenamente ante sueños que se vuelven borrosos. Sin importar la naturaleza de la veracidad de esta historia, en ella conocemos que el protagonista se ve inmerso en encuentros con varias mujeres, varias “ellas” que dan pie a un ligero rompimiento de su rutina. Estas mujeres, si bien cada una es un individuo que ha coincidido y tenido diversas interacciones con el personaje principal en diferentes ocasiones y escenarios, son consideradas por él como una misma, como *Ella*: “En mi imaginación ya no existía solamente ella, no era solamente ella; se fundía, se confundía con esta otra ella que me encontraba [...]” (Vela 14).

La concepción que él tiene de la figura de *Ella* se presenta de una manera muy interesante, pues a pesar de construirla a partir de palabras, eventualmente adquiere la complejidad de un retrato cubista: heterogénea, compuesta de múltiples planos superpuestos (las ellas que la conforman), con figura humana que adquiere forma con el avance paulatino de la trama. Ella es una figura fragmentada, inasible, que oscila entre ser un ente real y una evocación onírica: “Se quedaba allí, eternizada. Se esfumaba... No me quedaría de ella sino la sensación de un retrato cubista” (Vela 20).

Es solo hasta el cierre de la novela, tras las distintas interacciones con *Ella*, que conocemos el nombre otorgado a esta mujer que revolotea en su mente y se manifiesta en distintas personas con las que tropieza: “Presentía sus miradas etc... sus sonrisas etc... sus caricias etc... Estaba formada de todas ellas... Era la Señorita Etc. Compleja de simplicidad, clara de imprecisa, inviolable de tanta violabilidad” (Vela 37).

La relación entablada entre la Señorita Etcétera y el protagonista suscita muchas preguntas: ¿hay historia previa entre ambos?, ¿queda establecido algún vínculo claro entre ellos?, ¿existe amor hacia el otro en ambas partes? No hay respuesta clara ni certera a ninguna de estas debido a la incursión de lo onírico en la realidad de la narración, y el mismo autor nos lo recuerda constantemente mediante la voz del narrador protagonista:

por un caso de explicable inconsciencia [...] me di cuenta de que había estado alucinado de un sueño..., Para asirme más a la absurda realidad de mi ensueño [...], Desde entonces, ya no pude vivir los días y las noches separadamente (Vela 5, 7, 8, 14).

Me parece que el empleo de un narrador en el que impere la propia subjetividad por encima de la objetividad perceptible y empírica es un recurso de gran ingenio para combatir la mecanización que tanto agobia al protagonista; en un mundo que comienza a remplazar predilectamente la individualidad y el pluralismo humano por cimentar una modernidad que prioriza la industria, destacar la interioridad de una persona, sus vivencias forma-

tivas y las experiencias que atraviesa permite que prevalezca la consciencia de una noción de humanidad y que el proceso de adaptación –o bien cabría decir adecuación– se vuelva más llevadero.

Tanto como la subjetividad onírica y mental, la imagen recurrente de la Señorita Etcétera confiere coherencia al texto, pues funge como unificadora de las temáticas tratadas en la obra, además de representar un medio para ajustarse a la nueva cotidianeidad abrumadora de la modernidad y al nuevo panorama del protagonista, en la que el sueño de convertirse en escritor se aleja por minuto y en su lugar se avecina la mecanización.

Resulta particularmente adecuado que el protagonista, que se enfrenta a este cambio drástico de su realidad conocida convirtiéndose en algo reiterativo y sin escapatoria, sea alguien que aparente ser propenso a caer en la filosofía del absurdo. Con el pasar de los capítulos es posible percibir que él no parece tener una voluntad firme e inmovible, sino que atraviesa la vida con indiferencia y dejándose llevar por las circunstancias de su actualidad: “¿Qué iba a hacer? Lo de siempre. ¡Nada!” (Vela 7).

La filosofía del absurdo, según proponía Albert Camus, sostiene que la vida humana es baladí y fútil, cuya única base certera yace en la repetición de ciclos que inevitablemente conducen a la muerte; esta lógica concluye que todo aquello en la vida carece de sentido y rebosa absurdidad, al igual que la vida misma. Tal conclusión tiene el potencial de llevar a alguien a una bifurcación: la aceptación del absurdo como redención y liberación del sinsentido de la vida o la posible pérdida de un deseo o razón de vivir, incluso el extravío de la apreciación de la susodicha vida, como es el caso del protagonista ocasionalmente: “Inútil oponerse. Yo estaba condenado a olvidar todas las cosas. A despegarme de ellas, con una facilidad torturante. Tal vez había perdido lo único que hace bella la rotación de nuestras elipses...” (Vela 12).

Sin embargo, considero que nuestro protagonista, “Indudablemente [...] un papalote de la vida” (Vela 29), no incurre en su totalidad en esta perspectiva

un tanto desesperanzadora, pues creo que de manera inexplicita se vale de un mecanismo muy útil que nace sobre la base del absurdo: el auto-extrañamiento. Esta práctica consiste en verse a uno mismo y su propia vida desde una perspectiva lejana, como si se contemplara una tercera persona, con el fin de inspeccionar la forma de actuar y pensar, y cuestionarse si las ideas, creencias y conductas que se tienen se consideran apropiadas, adecuadas, incluso pretendidas. A partir de este cuestionamiento, se abre la posibilidad a un replanteamiento sobre cómo se concibe la vida y aun el mismo yo, y a proceder actuando en consecuencia sobre lo reflexionado.

Es mi opinión que este auto-extrañamiento se manifiesta en él mediante la profunda observación y análisis exhaustivo de sus vivencias, ensoñaciones, pensamientos e interacción con la misma Señorita Etcétera: “Ya era más que un vagabundo de las calles y de la vida, era un vagabundo del pensamiento, no podía ‘estandarizar’ las células de mi cerebro exaltado” (Vela 30). La suma de todos estos elementos actuando como implementos para auto-percibirse y extrañarse resulta en la exaltación de su sensibilidad y el reconocimiento de la vida que ha pasado: “mis sensaciones desbordadas con la tinta dolorosa de mi vida. [...] De pronto me acordé del calendario amarillento de mi niñez sin domingos. Del alba atrasada de mi juventud, de mi soledad. Acaso ella, era ELLA...” (Vela 8-9).

El absurdo es una de las cosas más humanas que hay, es producto de nuestra autoconsciencia y aprehensión de la autotrascendencia, no hay razón para resentirlo o huirle. La falta de sentido es subjetiva, lo que para unos escasea para otros rebosa; la vida humana puede ser carente de sentido, ¿significa eso que sea insignificante?

Mientras que los signos con falta de sentido albergan el potencial de tener uno, la insignificancia supone que no tienen ningún posible significado para nadie en ningún contexto posible. El reconocimiento de la insignificancia solo es posible mediante el contraste con la significancia, la importancia y el significado.

Para darle significado a algo es necesario ampliar nuestro conocimiento y reconocer la multiplicidad de perspectivas posibles, entre mayor saber se posea sobre aquello que la vida envuelve, mayor significado podrán adquirir estas cuestiones pertenecientes a la vida y la vida en sí. La lectura de *La Señorita Etcétera* invita a su lector a recordar su capacidad imaginativa y ponerla en marcha para apreciar plenamente el inconsciente que se derrama sobre las páginas en forma de narrador, al igual que apreciar aquel que inunda el interior, y por este medio expandir su entendimiento.

Al ser publicada por primera vez, el director de *El Universal Ilustrado*, Carlos Noriega Hope, redactó un prólogo en el que declara:

Cada uno pensará a su antojo de esta extraña novela. Muchos dirán que es un disparate; otros, seguramente, encontrarán emociones nuevas, sugeridas por el raro estilo, y otros, en fin, creerán que se trata de un prosista magnífico, despojado de todos los lugares comunes literarios, forjador de emociones cerebrales y de metáforas suntuosas.

Por mi parte, pienso que *La Señorita Etcétera* efectivamente cuenta con un prosista magnífico que crea un narrador tan transparente en su sentir, tan libre de culpa en sus pensamientos, que, indirectamente, exhorta a su lector a replantearse su propia vida, despojada de todos los sentidos comunes y convenciones aprendidas:

Mis ojos se fueron quitando, poco a poco, la goma del amodorramiento de las noches palingenésicas, del insomnio producido por el ajetreo mental, que se va extendiendo en un cansancio de corriente apagada, por las fibras de nuestro equilibrio sensitivo. (Vela 11).

Este narrador es tan íntimo que pareciera incluso que ha sido el lector quien se ha injerido en su mente y se ha hecho de la historia a partir de este allanamiento de morada mental; a pesar de que el narrador se concibe a sí mismo como “Solo. Aislado. Incomprendido...” (Vela 7), el mero acto de leerlo e inmiscuirse en esta su obra permite que tenga un acompañante, por más pasajero que fuera, por más

que debiera partir a su propia mente o a su propio tren... Fue verdaderamente un gusto haber urdido con él una fugaz amistad de calceta provisional en el ocio de mi lectura.

Referencias

Maples Arce, M., et al. *Manifiesto Estridentista*. Lifereder, 1923. Recuperado a partir de <https://www.lifereder.com/estridentismo/>.

Vela, A. "La Señorita Etcétera". *El Universal Ilustrado*, 1922. Recuperado a partir de <https://www.lanovela-corta.com/facsimiles/la-senorita-etcetera.pdf>.